

ANTOLOGÍA POÉTICA PERSONAL

A handwritten signature in black ink, appearing to read "A. Colinas". The signature is written in a cursive style and is positioned above two long, sweeping horizontal lines that extend across the width of the signature.

Lectura y Signo, 16 (2021)

INTRODUCCIÓN A LA POESÍA DE ANTONIO COLINAS

A raíz de su publicación en 1975, *Sepulcro en Tarquinia* iba a convertirse en el libro más leído y conocido de Antonio Colinas. Apareció en la leonesa colección «Provincia», que había fundado y dirigía Antonio Gamoneda, y al año siguiente recibió el premio de la Crítica. El poemario lo escribió entre 1970 y 1974 y es el fruto quintaesenciado de la experiencia italiana del autor, pues Colinas fue Lector de Español durante cuatro años en Milán y Bérgamo, si bien el libro consta de cuatro partes, de modo que en las dos primeras cuaja lo italiano, 'lo latino', y en las dos últimas, el espacio originario del noroeste contemplado en la historia y en las huellas del presente. Pero no trato aquí de analizar un poemario que probablemente es el más estudiado del autor, sino de subrayar que algunas de sus composiciones se han convertido en representativas de la obra toda del poeta, pues reaparecen en la mayoría de las antologías individuales o de grupo. Hablo de dos de los poemas presentes en esta selección, los titulados «Simonetta Vespucci» y «Giacomo Casanova acepta el cargo de bibliotecario que le ofrece en Bohemia el Conde de Walstein». La poesía de Antonio Colinas se caracteriza, entre otros aspectos, por superar la visión primaria de las cosas infundiéndoles un sentido simbólico. Es lo que sucede en los dos poemas citados, y así lo ha visto el propio poeta, que los ha señalado como símbolos de la juventud y la caducidad humana respectivamente. «Simonetta Vespucci» es un poema inspirado en el cuadro de Boticelli que representa a la bella florentina. Como he escrito en otra ocasión, la delicadeza, fragilidad, finura e inocencia de la joven florentina, así como su belleza física (ojos verdes, trenzas largas, largos muslos) quedan icónicamente reflejados en el poema en versos cortos que, estirados sobre la página, sugieren la figura de la doncella alta y frágil. Por otro lado, el poema se sostiene sobre la contemplación detenida que supone un poema de carácter efrástico. Por contra, «Giacomo Casanova...» tiene un desarrollo narrativo, los versos se alargan hacia el alejandrino y el poeta cede la voz al protagonista del poema, que, desde la vejez, contempla su soledad actual y su decadencia y resume en pocos versos su agitada vida anterior, al tiempo que desea

un presente de serenidad, aborreciendo la muerte y soñando con placeres de otros días. La parte primera de *Sepulcro en Tarquinia* concluye con el poema «Noviembre en Inglaterra», también presente en esta selección de *Lectura y Signo*. El poema brota, sin duda, de «el corazón que sueña otras tierras» y otra cultura más allá de la latina, una cultura europea, en contraste con el sueño de Keats, cuyos versos al frente del poema aluden a la melancolía que provoca la añoranza de los cielos de Italia; pero, además, alienta en el poema de Colinas el símbolo del invierno, momento de espera («como una expectativa inmensa») y de pureza («es esta la estación más pura...») en lo que tiene de nivea blanca, de desnudez, de luz fría, con la exhortación final de no mirar hacia atrás.

Sepulcro en Tarquinia es el poemario que cierra la primera etapa de la obra coliniana. Dividido en cuatro partes, en las dos primeras respira lo italiano, «lo latino», y en las dos últimas, contrastando o dialogando con aquel mundo, el espacio rudo del noroeste español que incluye la tierra originaria del poeta; en medio, el gran poema o poema de poemas «Sepulcro en Tarquinia», con una historia humana fragmentariamente 'relatada' que incardina sus cerca de quinientos versos entreverados, como ha dicho el poeta, de «irisaciones metafísicas, telúricas, culturales», así como también de vetas irracionistas.

Sepulcro en Tarquinia marca un antes y un después en la poesía de Colinas. El antes lo forman los libros compuestos entre 1967 y 1974, es decir, *Junto al lago* (el primero escrito, pero publicado enteramente en 2001), *Poemas de la tierra y de la sangre* (1969), *Preludios a una noche total* (1969), *Truenos y flautas en un templo* (1972) y *Sepulcro en Tarquinia* (1975). La crítica ha destacado la singularidad de un poeta que contribuyó a la renovación de la poesía en los años sesenta con una veta de fino lirismo, de raíz romántica y con una autenticidad que lo apartaba de rupturismos y artificios verbales más o menos planeados, por más que participara, como es natural, de algunos de los rasgos poéticos de la generación novísima o del 68, como ciertos filones irracionistas o la incorporación de la cultura en determinados poemas de *Truenos y flautas en un templo* (1972) y *Sepulcro en Tarquinia* (1975). Pero lo que destaca en esta primera etapa es el lirismo, la pureza verbal y la cuerda emotiva, aspectos que acaso remitan a sus lecturas de los grandes románticos centroeuropeos (Novalis, Hölderlin, Leopardi) y de la poesía de Machado y Juan Ramón, estigmatizados entonces por la pose novísima. En los tres primeros poemarios (*Junto al lago*, libro de la primera juventud del poeta, *Poemas de la tierra y de la sangre*, de raíces telúricas y síntesis de la «geografía amorosa» del poeta y *Preludios a una noche total*) el poeta se deja ganar por la belleza de la naturaleza y el nacimiento del amor. De los tres, *Preludios a una noche total*, acaso el poemario coliniano de mayor intensidad emotiva, brota de una presencia fervorosamente evocada; todo el libro se formula en alejandrinos o en endecasílabos

blancos y en él aparecen confabuladas naturaleza y plenitud amorosa. Las riberas de la infancia componen el marco espacial, poetizado con exultante sensorialidad; el ámbito temporal es el más amado por el poeta: «la alucinada noche y sus misterios», la noche otoñal primero y la noche invernal después. Traspasado de sentimiento romántico (el amor, la noche misteriosa, la expresión intensamente emocionada...), el libro concluye, como manifestación del sentimiento romántico del poeta, con una «Invocación a Hölderlin», el poeta alemán en el que Colinas intuyó, como expuso en un artículo, un camino romántico radical «entre el sentimiento pleno de la naturaleza, la poesía, el manantial de lo clásico y la ignorancia de la muerte por la vía de la locura».

El poema escogido para la presente selección, «Nacimiento al amor», encabeza el poemario, y es un buen exponente de las características anteriores: sentimientos amorosos imbuidos de fervor (esa ebriedad de que habla el poema), los signos externos de la íntima pasión del yo (lágrimas, fiebre en los labios) y del tú (sofoco dulce), el ámbito espacial de la naturaleza (río, hojas, troncos...) y el temporal de un día otoñal avanzando hacia la noche (estrellas, luna...), a lo que se añade un lirismo que lo impregna todo. No es extraño que se viera en *Preludios a una noche total* el inicio de una tendencia «neorromántica» frente a ciertos prosaísmos de la poesía social-realista y el atisbo del culturalismo emergente de los novísimos a mediados de los sesenta. También Colinas sintió la necesidad de ponerse a tono con la poesía naciente y con la nueva sensibilidad lírica que representaba, con un lenguaje más libre, impregnado por el acorde de lecturas de poetas como Rimbaud, Baudelaire, Leautréamont, Perse, Pound y, frente al desprecio de los “novísimos”, los ya citados Machado y Juan Ramón Jiménez. La nueva sensibilidad poética la vertió Colinas en *Truenos y flautas en un templo*, que escribió en París en el otoño de 1968 y cuyo título sonoro procede de Perse. En la presente selección no se ha incluido ninguno de los poemas de un libro ciertamente nada despreciable. Me gustaría destacar aquí, al menos, la éfrasis del cuadro *La caza de Meleagro* (expuesto en el Prado) en el poema «Homenaje a Pussin» — un pintor afín a la sensibilidad artística de Colinas —, puesto que prolonga la vocación interartística del poeta que cobrará cuerpo en su obra posterior y que en esta antología de *Lectura y Signo* reaparece en el poema «Homenaje a Tiziano» de *Astrolabio* (1979), poemario que pertenece ya a la segunda etapa de la poesía coliniana, que comprende dos libros más considerados cardinales en la trayectoria del poeta, poemarios de poderosa inspiración y de plenitud poética y humana: *Noche más allá de la noche* (1983) y *Jardín de Orfeo* (1988), a los que hay que unir la serie de nueve poemas breves de *En lo oscuro* (1981) y *La muerte de armonía*. Corresponden estos libros a la etapa de Ibiza, donde fijó su residencia a partir de octubre de 1977 y vivió veintiún años intensos y fecundos. Su poesía expresó los asuntos candentes del ser humano (amor, naturaleza, tiempo, muerte, etc.), al tiempo que se enriquecía con nuevos símbolos alumbrados por el espacio insular, como la

propia isla, el mar, la luz, la noche, el bosque, la fuente, el camino, el muro, la nave o la gruta. Precisamente, una de las partes de *Astrolabio*, «Libro de las noches abiertas» expresa, intensa y emocionadamente, los años primeros en la isla, Ibiza: la naturaleza, el mar, el misterio de la noche o del bosque, el vacío astral, los restos milenarios, el equilibrio que emerge de la luz, de los espacios fundacionales y de la belleza revelada. Pero en este momento parece conveniente referirse al ya citado «Homenaje a Tiziano», poema que se organiza sobre los diferentes colores pictóricos. «He visto arder» es el núcleo verbal del que dependen los diferentes objetos directos, los colores: tus oros, tu verde, tu azul, los ocres, tu rojo, un poco de violeta, tus negros. Cada color sugiere un mundo diferente que nos transporta del oro en el otoño veneciano a «las enredaderas funestas / sobrecargadas de muerte» que evocan los colores negros. El propio Colinas se ha referido a este poema como un «microcosmo» en el que no hay un mensaje único, sino varios otros referentes a la juventud, el amor, el arte, las pasiones, lo sagrado...

Noche más allá de la noche (1982) es, sin duda, el libro central del momento y posiblemente de la poesía entera de Colinas. El título alude a un sentido trascendente que apunta hacia la noche mística, la noche oscura hacia la luz, que es el fin último y el cumplimiento del afán coliniano de fusión de sentimiento e idea. Sus treinta y cinco cantos y mil versos alejandrinos componen el poemario más complejo de Colinas y, al mismo tiempo, el de más encendido lirismo; en él se conjugan emoción y reflexión, experiencia personal y lecturas que han dejado honda huella en el poeta, como el pensamiento primitivo oriental, la mística universal, corrientes neoplatónicas del Renacimiento, el Romanticismo esencial europeo, pensadores como Carl G. Jung o María Zambrano...; los temas poetizados son el hombre y su destino, el misterio existencial, los momentos claves del espíritu y la cultura universales (Grecia, Roma, Edad Media, Renacimiento, Mística, Siglo de las Luces, Romanticismo, etc.), los espacios fundacionales y las eternas dualidades que agreden la existencia; la noche trascendida del título (noche mística, noche del misterio y del ensueño que, como ha escrito el poeta, «invita a caminar más allá», a llegar «a la iluminación de la realidad y del espíritu») es acaso la síntesis del complejo simbólico de la poesía coliniana. Los dos poemas elegidos para esta antología son los más citados del poemario, pero cualquiera de sus cantos es elevada poesía. En el canto X confluyen temporalmente las muertes de un legionario romano y de Virgilio, contrastando la lejanía en la que suceden uno y otro hecho, el norte de Hispania en el primer caso y el sur de Italia en el segundo. Vida y muerte, norte y sur, sueño y realidad, son algunos de los contrastes que estructuran el poema. Es ciertamente hermoso el canto XXXV, que expresa la llegada a la plenitud tras el paso por la noche personal y la noche de los tiempos: «Me he sentado en el centro del bosque a respirar. / He respirado al lado del mar fuego de luz. / Lento respira el mundo en mi respiración. / En la noche respiro la noche de la noche». El respirar, acto

físico real y símbolo trascendente, se va a imponer con vigor e insistencia en la poesía coliniana. Ha escrito el poeta en *Memorias del estanque*, publicado en 2016: «Respirar; es decir, el medio de unificarnos con el todo y de recuperar la armonía de ser. Respirar en el pinar, en un medio puro; respirar la música; rendirse apaciblemente al ritmo de la respiración [...]. Y nuestra respiración (consciente) siendo una con todo lo viviente».

Noche más allá de la noche forma con *Jardín de Orfeo* (1988) una compleja unidad basada en el entendimiento de la poesía como entrañamiento en el ser, bajo el estímulo de las lecturas antedichas; con palabras como las que siguen me he referido a *Jardín de Orfeo* en otras ocasiones, señalando que en dicho libro poetiza Colinas la relación del hombre y el cosmos, de lo mudable y lo infinito, enmarcado en el contorno de la isla, Ibiza, o desde espacios ya vividos, para, finalmente, trazar el muro del jardín simbólico al que desciende Orfeo sembrando la armonía. El sentido órfico de la poesía de Colinas lo han subrayado el propio poeta y los estudiosos de su obra. Colinas coloca su poesía bajo el signo de Orfeo, que conmueve el orbe con su canto y con su música y enseña a los hombres los misterios de las cosas; concibe su obra lírica como el logro de la armonía órfica, por medio de la cual es posible traspasar las puertas que celan el misterio de la otra realidad. La figura de Orfeo nos remite a la idea de armonía, pero también a la plenitud y a la ebriedad. Y a la música, que unifica los contrarios y nos arranca de la gris cotidianidad y de la rigidez de las normas. Como símbolo de la plenitud armónica y como guardián de las puertas del misterio, de lo desconocido, el mito de Orfeo compendia las reflexiones de Colinas sobre la tradición que funde pensamiento y poesía y sobre el anhelo de globalidad y unidad armónica, frente a la disgregación del mundo actual. El poeta ha elegido para esta selección el poema «La casa». En algún otro trabajo me he referido a la trascendencia de la casa dentro de la dialéctica *dentro-fuera* cultivada por Colinas. La casa es el espacio de *dentro* por frecuencia y excelencia, un espacio de intimidad, de sosiego, de protección, de calor, recogimiento, estabilidad y seguridad, albergue de sueños, de imágenes y de recuerdos. En el poema «La casa» de *Jardín de Orfeo*, la naturaleza da cauce a la escena familiar del que pinta «el hondo azul del cielo y de la mar», con la aparición de uno de los símbolos primordiales del poeta, la luz, siempre gozosa, aunque en los días peores cunda la amenaza misteriosa de «El hombre / del largo gabán negro y sin rostro».

De puente de paso hacia la tercera etapa puede considerarse *La muerte de Armonía* (1990), poema dialogado escrito para una ópera de igual título en colaboración con el músico inglés David Hoyland. Dicha tercera etapa se inicia con *Los silencios de fuego* (1992) y se completa con *Libro de la mansedumbre* (1997) y *Tiempo y abismo* (2002). Los tres poemarios aparecieron juntos en 2006 con el título *Trilogía de la mansedumbre*; a ellos ha de agregarse *Desiertos de la luz* (2008), si bien los poemas de este último parecen expresar estados de plenitud espiritual y más hondos 'extravíos' que los de la trilogía

anterior. Si ya en la segunda fase la poesía de Colinas parecía derivar de la emoción a la meditación o, en todo caso, tendía a la unión de reflexión y emoción, tal fusión resulta más palpable en los poemarios de la etapa tercera. Son poemarios anclados vitalmente en la meseta, en el espacio del origen, al que el poeta regresó para fijar su residencia en Salamanca, tras veintiún años en la isla. La poética de la armonía de sus anteriores libros queda ahora matizada por una «poética de la mansedumbre», que no se opone a la poética de la armonía, sino que de algún modo la prolonga y la culmina. La «poética de la mansedumbre» no supone una actitud indolente o resignada; Colinas mismo la entiende en sentido dinámico, indicando que la mansedumbre no es un estado armónico y apacible, sino aquel al que se llega con esfuerzo, tras la prueba del dolor, como fue, por ejemplo, la muerte de los padres. Dos son, entre otras, las notas nuevas que aportan estos poemarios: clarificación expresiva o, dicho de otro modo, expresión más razonada, más explicativa y menos exaltada, lo que sin duda colabora al perceptible alargamiento de los poemas en general, y ampliación temática siempre guiada por un humanismo indeclinable. No desaparecen temas anteriores (la naturaleza, las raíces, la belleza y el arte, etc.), ni la simbología, aunque cobran relevancia algunos símbolos antes menos frecuentes, como la mujer, el viaje, la frontera entre el ser y el no ser, la llama, lo blanco...; pero el poeta mira a su alrededor y surgen preocupaciones nuevas, ecológicas unas (desertización, contaminación, radioactividad, etc.), otras relativas a las guerras que asolan el mundo, a la caída de los absolutismos o a su persistencia en forma de dogmatismos e ideologías totalitarias, pero siempre con ese sentido de universalización que trasciende la mera realidad. *Los silencios de fuego* era, justamente, la manifestación de una nueva poética, de un descenso hacia la realidad histórica del mundo, de preocupaciones que Colinas había vertido antes en artículos y ensayos, y de modos expresivos testimoniales en los que, en ocasiones, parecía primar el pensamiento sobre la emoción. La poética de la mansedumbre, ese equilibrio del pensar y del sentir, o quizá el predominio de la reflexión sobre lo emotivo, con la inserción de la problemática nueva en el «imaginario» coliniano, cobró altura poética en el *Libro de la mansedumbre*, en el que la extensa composición titulada «La tumba negra» da cuenta de un viaje en tren por diferentes regiones y ciudades alemanas, en el cual el encuentro con la naturaleza y el arte forma el núcleo de lo positivo, frente a los restos bélicos de destrucción y muerte y las huellas perversas de las ideologías totalitarias y del progreso antinatural, que forman el núcleo de lo negativo; con 471 versos heterosilábicos el largo poema subraya la persistencia de la robustez del estro coliniano.

Dos poemas del *Libro de la mansedumbre* selecciona el poeta para esta breve antología, «El muro blanco» y «Fe de vida». En la nota a la primera edición del poemario se indica que «El muro blanco» apareció unido a la obra pictórica de Leopoldo Irriguible,

una muestra más del fértil comercio entre pintura y poesía en la obra coliniana. En mi edición del *Libro de la mansedumbre*, junto a *Sepulcro en Tarquinia* y *Noche más allá de la noche*, con el título común de *En la luz respirada* (2004), indicaba respecto al citado poema que el muro es un límite protector, pero en el que predominaba el simbolismo de lo blanco unido al fuego y a la luz en su significación positiva; el muro blanco resulta ser la frontera frente a lo negro, con sus adherencias de signo negativo; apuntaba, asimismo, que lo blanco —el muro blanco— representa la nada fértil, muy presente en el Colinas último. Respecto al otro poema, «Fe de vida», cabe decir que la luz física del mar ibicenco conduce hacia «la luz blanca» del conocer absoluto y de la plenitud interior; escribía en la edición mencionada que el poema surgía impregnado de la Ibiza esencial (mar, olas, barcas, islas, calas secretas, pinos, olivos, la luz física que inunda la isla...) y que, a la vez, asomaban algunos símbolos fecundos, sobre todo la luz, la luz blanca superadora de actitudes e ideas encontradas, la luz de la conciliación armónica, pero también la luz del conocimiento que llegó de Oriente: el conocimiento grecolatino y el árabe. Añadía que era en ese paisaje esencial en el que el poeta daba su «Fe de vida» que puede resumirse en dos palabras, 'vivir' y 'ser', que pueden complementarse con otras que las enriquecen, como 'amor'. El poema resulta ser la expresión, en síntesis, del gozo de ser, de existir, la manifestación de una plenitud vital a la que llegan ecos de la mística sanjuanista en los dos primeros versos, que aluden a la nada-todo, es decir, a la nada plena.

Tiempo y abismo se abre con uno de los poemas que ha alcanzado mayor resonancia, «Zamira ama los lobos», poema del que apunta en el *Tercer tratado de armonía* (2010) que se refiere a los lobos reales que en la niñez formaban parte también de los relatos orales de los abuelos, los lobos del miedo infantil y de la leyenda, pero que apunta también a otros mensajes como la búsqueda de lo inalcanzable para olvidar el dolor.

Del último verso de «El muro blanco» procede el título *Desiertos de la luz*, el libro último de la tetralogía. La luz es el gran símbolo coliniano, «la luz blanca», el símbolo primordial de todo el ciclo (junto a la música órfica), en cuya polisemia había ahondado en los libros anteriores de esta etapa (ansia de absoluto y plenitud interior, pero en relación dialéctica con lo negro, la herida y el dolor); la luz del «conocer», del conocimiento absoluto, la luz del misterio, de la revelación, de la unidad y la perennidad es la que aparece en *Desiertos de la luz*, un libro del que el poeta ha escrito que brota inspirado en un humanismo de raíces cristianas y que supone un ahondamiento en lo espiritual, lo sagrado, una conjunción armónica de la poesía del misterio intuido y la poesía de la reflexión.

La etapa última corresponde a los dos poemarios que cierran por ahora la trayectoria lírica coliniana, *Canciones para una música silente* (2014) y *En los prados*

sembrados de ojos (2020). En 2011 había publicado Colinas su *Obra poética completa* y en ella, con el título de *El laberinto invisible*, adelantaba poemas que después iban a formar parte de las *Canciones para una música silente* (2014), un poemario que, frente a lo que ocurre habitualmente, era extenso y heterogéneo, con siete secciones bien diferenciadas. Seis años después entrega Colinas *En los prados sembrados de ojos*, que participa de las dos características externas del poemario anterior, pues es relativamente extenso y temáticamente variado, por lo que los poemas aparecen distribuidos en seis secciones diferentes que, en cierta manera proponen el análisis particularizado de cada sección, por más que el conjunto participe de aspectos comunes y propios de la poesía coliniana.

El poema «La Madre de todas las Fosas» pertenece a la sección titulada «Siete poemas civiles», de las *Canciones para una música silente*. Los «Siete poemas civiles» poetizan la crueldad del hombre y de la historia; una de esas iniquidades es la de la emigración en busca de un «ilusorio paraíso», con lo que eso supone de violencia, desarraigo y pérdida incluso de la propia vida. De los hermosos «Catorce retratos de mujer» proceden los poemas «Safo» y «Clara en los Uffizi»; en el primero cede el poeta la voz a la poetisa de Lesbos, de cuya poesía había escrito en *El Cultural* (el 22 de mayo de 2009) que nos seguía sorprendiendo por su subjetivismo y su frescura, pero acaso más por su desgarró, por los «tintes dramáticos que vienen representados por ese grave reverso de lo bello y del amor que es la muerte». Por su parte, «Clara en los Uffizi» resume algunas de las preocupaciones más hondas del poeta: lirismo, emoción transitiva, intensidad, pureza formal, fusión artística, sentimiento pleno, fuerza del símbolo, armonía entre el conocimiento (verdad) y el deleite (belleza), es decir, Belleza y Verdad como valores supremos representados por uno de los iconos culturales del poeta. Los efectos emotivos de la contemplación de *La Primavera*, de Botticelli, el verdadero tema del poema. De ahí que este no lleve el título del cuadro, como sucede en muchos poemas sobre pintura, sino el de quien lo contempla.

En «Llamas en la morada», última parte de *Canciones para una música silente*, se alcanza ese lugar alto en el que el silencio aspira a ser la música verdadera. El conjunto expresa, por así decir, el pensamiento emocionado de la poesía de Colinas. Se trata de 27 poemas numerados y sin título. El que se rescata para esta selección de *Lectura y Signo* es el primero, y en él se conjuga el recuerdo, las vivencias, la naturaleza, la simbología coliniana (la piedra, la mujer, la lechuga blanca...) y, entre otros aspectos más, la palabra apasionada de la poesía, «palabras del poema, / ese misterio transformado en música», «esta poca de música, / con las palabras como brasas», el alto fervor de una «música» que no se opone a la «música silente» del título del poemario y que ha de compaginarse con el poema final de la sección y del poemario, el titulado «A modo de poética», que expresa el deseo casi místico de que el poema se traduzca en «plegaria de silencio» o, como propone el poema V de la misma sección, en «silencios que hablan».

El poema «Tera» pertenece al último libro de versos de Colinas, *En los prados sembrados de ojos*; el título del poemario coincide con el de un poema de la primera sección, en el que el poeta sube hacia una calzada romana oculta por la hierba y siente el bosque lleno de ojos que lo instan a leer en las piedras desnudas para encontrar el secreto que guardan, «la humilde verdad: la del goce / del instante de ser en plenitud». De nuevo el símbolo de la piedra, otro de los signos más hondos y fecundos de la obra del poeta. «Tera» es un poema de la sección cuarta de las seis de que consta el poemario; la componen doce poemas cuyo título general es «Para un epistolario inacabado», y en los cuales, el sesgo reflexivo y levemente narrativo da cauce a poemas que sin duda por ello son más extensos. «Tera» une lo que tantas veces ha pedido Colinas a la poesía más alta, pensamiento y emoción, Verdad y Belleza, invocadas en el poema. Es cierto que, generalizando, a lo largo del poemario vamos observando cómo la poesía de Colinas ha ido virando desde la emoción, nunca ausente, hacia la reflexión, y siempre con serenidad expresiva, por más que determinados poemas planteen preguntas inquietantes y preocupaciones no menos turbadoras sobre el destino de la humanidad e incluso del planeta.

Colinas agrega a los poemas publicados en libro cuatro inéditos. No podemos saber por ellos si inician un nuevo ciclo o continúan el anterior, pero en todo caso siguen propagando la misma voz y los mismos ideales, los que nos ofrece la obra entera del poeta, un conjunto de enorme fuerza simbólica, con afán de conocimiento trascendente y de aspiración a la unidad y la plenitud del hombre en armonía con el cosmos; domina en el poeta el fervor por la palabra que, como expresa en la nota final a los poemas de esta antología, le llegó ya en la adolescencia «como una brisa misteriosa, una noche oscura, a la cima de un monte, allá en el sur profundo. Esa palabra ya fue para entonces para mí *palabra nueva*», intemporal, emotiva, «algo profundamente unido a mi vida para siempre».

JOSÉ ENRIQUE MARTÍNEZ

ANTONIO COLINAS, VEINTIDOS POEMAS Y UNA NOTA FINAL *

* La mayoría de los poemas aquí recogidos pertenecen a la edición *Obra poética completa*, Madrid, Ediciones Siruela, 2011.

Nacimiento al amor

«Traes contigo una música que embriaga el corazón»,
le dije, y en mis ojos rebosaban las lágrimas.
Llenos de fiebre tuve mis labios, que sonaban
encima de su piel. Por la orilla del río,
trotando en la penumbra, pasaban los caballos.
De vez en cuando, el viento dejaba alguna hoja
sobre la yerba oscura, entre los troncos mudos.
«Mira: con esas hojas comienza nuestro amor.
En mí toda la tierra recibirá tus besos»,
me dijo. Y yo contaba cada sofoco dulce
de su voz, cada poro de su mejilla cálida.
Estaba fresco el aire. Llovían las estrellas
sobre las copas densas de aquel soto de álamos.
Cuando la luna roja decreció, cuando el aire
se impregnó del aroma pesado de los frutos,
cuando fueron más tristes las noches y los hombres,
cuando llegó el otoño, nacimos al amor.

(De *Preludios a una noche total*, 1969)

Simonetta Vespucci

*Il vostro passo di velluto
e il vostro sguardo di vergine
violata.*

DINO CAMPANA

Simonetta:

por tu delicadeza
la tarde se hace lágrima,
funeral oración,
música detenida.

Simonetta Vespucci:

tienes el alma frágil
de virgen o de amante.
Ya Judith despeinada
o Venus húmeda
tienes el alma fina del mimbre
y la asustada inocencia
del soto de olivos.

Simonetta Vespucci:

por tus dos ojos verdes
Sandro Botticelli
te ha sacado del mar,
y por tus trenzas largas,
y por tus largos muslos.
Simonetta Vespucci,
que has nacido en Florencia.

*Giacomo Casanova acepta el cargo de bibliotecario
que le ofrece en Bohemia el Conde de Walstein*

Escuchadme, Señor, tengo los miembros tristes.
Con la Revolución Francesa van muriendo
mis escasos amigos. Mirad: he recorrido
los países del mundo, las cárceles del mundo,
los lechos, los jardines, los mares, los conventos,
y he visto que no aceptan mi buena voluntad.
Fui abad entre los muros de Roma y era hermoso
ser soldado en las noches ardientes de Corfú.
A veces, he sonado un poco el violín
y vos sabéis, Señor, cómo trema Venecia
con la música y arden las islas y las cúpulas.
Escuchadme, Señor: de Madrid a Moscú
he viajado en vano, me persiguen los lobos
del Santo Oficio, llevo un huracán de lenguas
detrás de mi persona, de lenguas venenosas.
Y yo sólo deseo salvar mi claridad,
sonreír a la luz de cada nuevo día,
mostrar mi firme horror a todo lo que muere.
Señor: aquí me quedo en vuestra biblioteca,
traduzco a Homero, escribo de mis días de entonces,
sueño con los serrallos azules de Estambul.

Noviembre en Inglaterra

Happy is England! [...]
Yet do sometimes feel a languishment
For skies Italian.

JOHN KEATS

Yo sé que ahora es noviembre allá en Inglaterra.
Son azules las noches y copiosas en astros;
algo extraño, pues ya la nieve va cayendo
en los montes de Escocia; voraz consume el fuego
las ramas del espino, cuelan desnudas ramas
el sol, que filtran tristes las cortinas y deja
su oro viejo en los libros de vuestras bibliotecas.
Aún se puede apreciar en el fondo del prado
con escarcha las luces de los invernaderos.
Es esta la estación más pura, ni la música,
ni el aire, ni los besos la corrompen; sólo hay
como una expectación inmensa sin los pájaros,
un silencio de lunas y de soles muy fríos
que, sin embargo, dicen al corazón que sueña
otras tierras: escúchate, aquí termina el mundo,
sublime apoteosis del silencio y las rosas,
no bajas hacia el mar que, tenebroso y húmedo,
alberga toda muerte.

(De *Sepulcro en Tarquinia*, 1975)

Homenaje a Tiziano (1576-1976)

He visto arder tus oros en los otoños de Murano,
en la cera aromada de los cirios de invierno;
tu verde en madrugadas adriáticas
y en los ciruelos de los jardines de Navagero;
tu azul en ciertas túnicas y vidrios
y en los cielos enamorados
de nuestra adolescencia
que nunca más veremos;
los ocres en los muros cancerosos
mordidos por la sal, en las fachadas
de granjas y herrerías;
tu rojo en cada teja de Venecia, en los clavos
de las Crucifixiones
o en los labios con vino de los músicos;
un poco de violeta
en los ojos maduros de las jóvenes;
tus negros
en las enredaderas funestas
sobrecargadas de muerte.

(De *Astrolabio*, 1979)

Canto X

Mientras Virgilio muere en Brindisi no sabe
que en el norte de Hispania alguien manda grabar
en piedra un verso suyo esperando a la muerte.
Éste es un legionario que, en un alba nevada,
ve alzarse un sol de hierro de entre los encinares.
Sopla un cierzo que apesta a carne corrompida,
a cuerno requemado, a humeantes escorias
con oro, en las que escarban con sus lanzas los bárbaros.
Un silencio más blanco que la nieve, el aliento
helado de las bocas de los caballos muertos,
caen sobre su esqueleto como petrificado.
«Oh dioses, ¿qué locura me trajo hasta estos montes
a morir y qué inútil mi escudo y esta espada
contra un amanecer de hogueras y de lobos?
En mi villa de Cumas un aroma de azahar
madurará en la boca de una noche azulada
y mis seres queridos pisarán ya la yerba
segada o nadarán en playas con estrellas.»
Sueña el sur el soldado y, en el sur, el poeta
sueña un sur más lejano; mas ambos sólo sueñan,
en brazos de la muerte, la vida que soñaron.
«No quiero que me entierren bajo un cielo de lodo,
que estas sierras tan hoscas calcinen mi memoria.
Dioses míos: cómo odio la guerra mientras siento
gotear en la nieve mi sangre enamorada.»
Al fin, cae la cabeza hacia un lado, y sus ojos
se clavan en los ojos de otro herido que escucha:
«Grabad sobre mi tumba un verso de Virgilio».

Canto XXXV

Me he sentado en el centro del bosque a respirar.
He respirado al lado del mar fuego de luz.
Lento respira el mundo en mi respiración.
En la noche respiro la noche de la noche.
Respira el labio en labio el aire enamorado.
Boca puesta en la boca cerrada de secretos,
respiro con la savia de los troncos talados,
y como roca voy respirando el silencio,
y como las raíces negras respiro azul
arriba en los ramajes de verdor rumoroso.
Me he sentado a sentir cómo pasa en el cauce
sombrio de mis venas toda la luz del mundo.
Y yo era un gran sol de luz que respiraba.
Pulmón el firmamento contenido en mi pecho
que inspirando la luz va espirando la sombra,
que nos anuncia el día y desprende la noche,
que inspirando la vida va espirando la muerte.
Inspirar, espirar, respirar: la fusión
de contrarios, el círculo de perfecta consciencia.
Ebriedad de sentirse invadido por algo
sin color ni sustancia y verse derrotado
en un mundo visible por esencia invisible.
Me he sentado en el centro del bosque a respirar.
Me he sentado en el centro del mundo a respirar.
Dormía sin soñar, mas soñaba profundo
y, al despertar, mis labios musitaban despacio
en la luz del aroma: «Aquel que lo conoce
se ha callado y quien habla ya no lo ha conocido».

(De *Noche más allá de la noche*, 1983)

El Muro Blanco

Estoy sentado frente a un muro blanco:
áspero muro, seco como grito
de cristal, o quizás como la nieve
de infancia en el silencio de los páramos.
Un muro blanco, blanco como hueso
calcinado, o quizá como cal viva
que en las tumbas abraza carne blanca.

Y, mirándolo, yo también soy blanco,
pues blanco es el fuego o es la luz
que va y viene en las venas venturosas.
Mientras dure la luz no llegará
lo negro hasta este muro limpio y blanco.
Mientras dure mi luz todo lo blanco
del mundo envolverá la sala, el aire,
las horas de esta casa que es hoguera.

Estoy sentado frente a un muro blanco
esperándolo todo y obteniendo
todo de cuanto es nada en su blancura.
El muro que es desierto de mi alma.
El muro que es desierto de la luz.

La Casa

Sobre la casa cae con brusquedad
el bosque de los pinos y la arrastra
al torrente reseco,
donde la arañan pitas y zarzales.
Ceniza de leña ardida, humo como un aroma
dulcísimo, corrupto de narcisos.
Pinta Alejandro en los muros blancos
el hondo azul del cielo y de la mar.
¡Rutina y placer de estaciones intensas!

Picotea un grupo de jilgueros
en los troncos cortados, detrás de los cristales
y en sus trinos se funde el fulgor
del almendro florido.
Almendro: sol de nieve que arde
para quemar los lomos de los libros,
para abrasar las ansias del vano conocer.
Y un silencio enorme, eco de infinitud,
o el zumbido febril de las abejas,
llena de contenido la música que oímos.

Siempre la luz nos llenará de gozo,
aunque llueva a mares en otoño,
sobre esta soledad,
aunque en noche de invierno, tenebrosa,
nos tiremos del lecho temblando, sudorosos,
para gritar: «El hombre
del largo gabán negro y sin rostro,
ha llegado a la casa,
golpea en nuestra puerta».

(De *Jardín de Orfeo*, 1988)

Fe y vida

Esperar junto a este mar (en el que nacieron las ideas)
sin ninguna idea. (Y así tenerlas todas.)
Ser sólo la brisa en la copa del pino grande,
el aroma del azahar, la noche de las orquídeas
en las calas olvidadas.

Sólo permanecer viendo el ave que pasa
y que no regresa; quedar
esperando a que el cielo amarillo
arda y se limpie con los relámpagos
que llegarán saltando de una isla a otra isla.
O contemplar la nube blanca
que, no siendo nada, parece ser feliz.
Quedar flotando y discurriendo de aquí para allá,
sobre las olas que pasan,
como remo perdido.
O seguir, como los delfines,
la dirección de un tiempo sentenciado.

Ser como la hora de las barcas en las noches de enero,
que se adormecen entre narcisos y faros.
Dejadme, no con la luz del conocimiento
(que nació y se alzó de este mar),
sino simplemente con la luz de este mar.
O con sus muchas luces:
las de oro encendido y las de frío verdor.
O con la luz de todos los azules.
Pero, sobre todo, dejadme con la luz blanca,
que es la que abrasa y derrota a los hombres heridos,
a los días tensos, a las ideas como cuchillos.

Ser como olivo o estanque.
Que alguien me tenga en su mano
como a puñado de sal.
O de luz.

Cerrar los ojos en el silencio del aroma
para que el corazón -al fin- pueda ver.
Cerrar los ojos para que el amor crezca en mí.
Dejadme compartiendo el silencio
y la soledad de los porches,
la hospitalidad de las puertas abiertas; dejadme
con el plenilunio de los ruseñores de junio,
que guardan el temblor del agua en las últimas fuentes.
Dejadme con la libertad que se pierde
en los labios de una mujer.

(De *Libro de la mansedumbre*, 1997)

La Madre de Todas las Fosas

Dicen que la Madre de Todas las Fosas
se encuentra al otro lado del océano,
cerca de una frontera y de un muro metálico,
aunque pudiera hallarse en otros sitios
(acaso en la sima de una mar muy cercana).
Junto a ella duerme un sueño de esperanza
la desesperación de muchos hombres
y mujeres que huyen
de la ciudad-infierno:
del acoso, el disparo, el hambre y la sed.
A veces éstas llevan, con la bala
que les quitó la vida,
un hijo en su vientre;
o, cruzando el desierto por la noche,
tienen al hijo vivo abrazado
al miedo de sus rostros.
La muerte no es la vida que soñaron.

¡Son ya tantas las quejas, tantas
esas declaraciones que a nada comprometen,
tantas las fotos, tantas las palabras
sobre la integración y las riquezas
del ilusorio paraíso, donde
los cuerpos pueden ser
materia de mercado,
o perder lo más grave
(el alma) habitando una chabola
con su televisor, bajo un cielo gris
plagado de antenas!

Aún no sabemos que la solución
puede hallarse en la raíz del ser,

allí donde el hombre acarició la tierra
que daba frutos,
besó la leña que le daba el fuego,
la piedra que fue ara,
y respiró la paz
en la luz.

Por ello, acabad
con la mercadería humana consentida,
llevad el agua a sus pozos secos,
devolvedle el agua a cada manantial
de sus aldeas,
que regrese el verdor a sus cultivos
y al monte sus rebaños.
Ofrecedles el pan de su maíz o de su trigo,
el vino de su viña,
la sombra de aquel árbol de su puerta,
su mesa de madera y el descanso
de su cama con sábanas de estrellas.
Dejad que el ser que huye
pueda seguir sembrando en su tierra,
que en ella reencuentre el verdadero
paraíso su sangre.

Dejad a esa mujer
(que hasta el nombre ha perdido)
que pueda llevar flores a la tumba
sin flores de su madre
y no que ella duerma para siempre
en el olvido
de la Madre de Todas las Fosas.

Zamira ama los lobos

Zamira ama los lobos.
Yo quisiera ir con ella a buscarlos
a las tierras más altas,
donde los robledales rojos de Sotillo
han perdido sus hojas en las fuentes,
allá donde los caballos
beben el agua helada de las cascadas
y se espera la nieve
como una bendición.

Tú y yo estamos en este hospital
esperando a la muerte.
No la muerte tuya ni la muerte mía,
sino la de aquellos que nos dieron la vida.
Y éstos ¿a quiénes pasarán,
cuando mueran, sus muertes?
Tú y yo esperando el final,
el vacío del límite,
mientras la vida brilla y tiembla entre nosotros
como un cuchillo inocente.
Y es que, esperando la muerte de los otros,
esperamos un poco la muerte nuestra.

Quizá, por ello, Zamira ama los lobos.
Quizá, por ello, yo deseo también
salir a buscarlos con ella este mes de diciembre
a los páramos altos,
a los prados remotos.
Y podríamos ver los espinos,
y las brasas de sangre del sol
en mimbrales morados.

Puesta ya en nuestros ojos
la venda de la nieve
que no pensemos más, que ya no nos deslumbre
el acre resplandor de los quirófanos.

Zamira ama los lobos.
Quiere escapar del laberinto
de piedra y cristal del dolor.
Zamira: partamos y no regresemos.

(De *Tiempo y abismo*, 2002)

Safo

Al fin, qué dicha poderte abrazar,
poderte amar en toda
tu inmensidad sublime,
mar de mis pesares, mar de mis delicias
y de mis goces.
Safo me llamo y sólo soy de ti.

Ábreme aún más los ojos, ábreme
aún más los muslos y los labios;
toma, oh mar, mi corazón sonámbulo,
que sea todo tuyo,
y traspásalo
con la blanca ebriedad de tus saetas
de fuego.

Clara en los Uffizi

Ibas despreocupada paseando
por las salas del museo de los Uffizi,
sin saber hacia dónde dirigir tus dos ojos;
avanzabas quizá con el cansancio
del que ha recorrido Florencia todo el día.
No sabías que, de repente, allí
te iba a asaltar un poderoso símbolo:
el de la inesperada Belleza,
el ideal sublime de Belleza y Verdad,
ese que (todavía) nos hace a los humanos
más humanos.

Botticelli fue el nombre del artista.
La Primavera el cuadro.
No supiste qué hacer
y te quedaste muda.
Simplemente dejaste que hablase el corazón.
Y te pusiste a llorar.
Y llorabas,
y llorabas.
A la Verdad y a la Belleza sólo
le faltaban el gozo de tus lágrimas.

Llamas en la morada

Morada, centro de mi ser
en llamas:
me has llamado y he acudido.
Aquí estoy devolviéndote
cuanto me diste.
Te devuelvo lo más sagrado:
mi infancia, las escasas
palabras del poema,
ese misterio transformado en música.
Te devuelvo
el pico amarillo del mirlo,
la piedra negra con su musgo verde,
las viñas adormecidas
por la helada,
el milagro de la mujer,
el vuelo en la noche de la lechuza blanca,
el ruiseñor ausente.
Me has llamado y he acudido
con este cuaderno negro,
con esta poca
de música,
con las palabras como brasas.
Don que me diste,
ofrenda que te entrego,
aunque mía no sea.
Me das este desvelo, un silencio
que sana
y que tan sólo es tuyo,
y que tan sólo es mío
en lo secreto
de esta soledad
poblada de abismos
maravillosos.

A modo de Poética

Sólo quisiera
escribir mis palabras con silencios:
escribir el poema sin palabras.
Sólo quisiera
musitar el poema
como plegaria de silencio
en el silencio.

(De *Canciones para una música silente*, 2014)

Tera

Deja que ascienda por tu río
que es mi río: el de los orígenes.
En él ya no hay orillas
que dividan las sangres
y hasta los lobos sólo son las almas
que bajan al anochecer a beber en sus aguas.
Nuestro río tiene los ojos inocentes
de la cierva que lleva a su cría
en su vientre
y que, antes de morir, espera mansa
el disparo.

Este río no nace de manantial alguno
sino de un enjambre de cascadas
que se funden en un lago que es Dios,
pues siendo uno el lago
a todas las aguas representa.
Es unidad de lo múltiple.
«Ya todo es uno y todo es diverso»,
nos dijeron los griegos,
y ya antes Lao Zi.
Asciendo por el río y ya no veo
a los nuestros, mas no nos olvidamos
de que el agua del río y nuestra sangre y la de ellos
son una unidad maravillosa.
Nuestro río nace de un sueño
de campanas hundidas,
de campanas de un pueblo sumergido
en lo hondo del lago
que suenan en la noche de San Juan.

Acaso sean, quienes ya se fueron,
los que esa noche tañen las campanas
para que no olvidemos que ellos fueron
los que lograron domar el hierro
y la madera rebelde de los robles.
Ellos hicieron resonar
los yunques en sus fraguas
hasta que lo más duro sólo fue
serena agua que fluye,
hasta que del metal y la madera
saltó la luz.

Sé que Heráclito pudo referirse
a un río como éste, del que fluye
belleza y verdad.
Siempre es el mismo y siempre será otro
para acabar perpetuándose
como ojo de cierva,
como espejo del cielo.
El río nos recuerda que nosotros
nunca debemos conocer el miedo,
pues nos sustentan los castaños
y las hayas más duras
que se yerguen ligeras para dar
alas a nuestro espíritu.

Nuestro río son muchos ríos
y tiene muchos nombres, mas nosotros
solemos llamarlo en secreto
Valparaíso.

(De *En los prados sembrados de ojos*, 2020)

Sobre un tomito de Horacio

Pequeño libro de Horacio:
el tiempo feroz ha logrado arrugar
tu pergamino de oro,
pero las letras negras de tu noche blanca
aún están a salvo.
Alguien te imprimió y te cosió con cordel
en la Venecia de 1764,
pero yo te encontré siendo niño
(en la hora de la siesta
cuando todos dormían
y yo velaba)
en el lugar más pobre de la casa,
debajo de la escalera
que conducía al desván,
abandonado no se cuándo,
ni sé por qué o por quién.

Nada sabía yo entonces
de la matemática celeste
de los versos,
ni de que ésta me iba a acompañar
toda mi vida.
Te tenía olvidado,
pequeño libro muerto,
pequeño libro vivo;
pero hoy, en día gris,
te tengo en estas manos mías
por las que veo avanzar
un paisaje de tierra reseca,
los surcos de la edad.
¡Y sé tan bien lo mucho que contiene...!

Yo sé que tu mensaje
ha vencido al tiempo y a las vidas
de los que te acariciaron
con la música de sus ojos.

Gracias, humilde don
tarde hallado, por permitirme
leerte todavía.
Pequeño tesoro,
negrura de la tinta
sembrando en ti la infinitud,
Oro aquilatado del mensaje
que das luz con tu luz
a las llamas que siempre se extinguen.

Una granada azul

Hubo una vez una granada azul
que al estallar
sembró el firmamento
en mis ojos
de espejos astillados.
Esos fragmentos fueron los días de mi vida.

Hubo una vez una granada azul
que al estallar sembró un firmamento
de noches en mis ojos.
Fueron aquellas noches en que quise alcanzar
(y a veces lo logré)
algo muy parecido a una vida sublime.

Hubo una vez una granada azul
que al estallar dejó una semilla
de galaxias que lejos, muy lejos,
propagaron
otras vidas que nunca viviré.

A veces, me parece
que aún queda en mis ojos
una lágrima azul.
Acaso ella sea la semilla
que aún me ha de permitir
continuar sembrando esperanza
en paraísos diarios, ilusorios, últimos.

Así debiera ser
hasta que una noche esa semilla
de un azul intenso
se pose en mis ojos.
Será entonces una noche negra
la que habrá de abrirme al misterio
de los misterios.
¿O no?

La sierra

A lo lejos, la sierra y sus montes
amoratados.

Es mayo.

¿Está en llamas
la plenitud violácea del brezo
o esa sierra es un ángel
que ha caído del cielo derrotado
por una tormenta de piedras?

Sí, la sierra es un ángel
tumbado, que duerme dulcemente
con sus labios de musgo
iluminados por los relámpagos.
Duerme el ángel
con sus alas rotas
y de ellas brota sangre amarilla.

Arriba, el cielo es negro.

(Inéditos)

Cómo nació el poema, cómo nació la poesía

Al principio sentí en mi interior como una *voz* que necesitaba expresarse. Creo que ya fue en la infancia. Yo no sabía aún que esa *voz* tenía que proyectarla, pero todavía no la reconocía como poesía, aunque mis ojos vieran la realidad con otros ojos. La poesía como un fenómeno anímico, como algo más que poner a la ligera unas palabras debajo de otras, como algo más que un género literario, nació en mí, en realidad, en la adolescencia. Es éste un tiempo muy especial en el que uno *re-nace* a muchas cosas: al amor, a lo sagrado y a lo profano, al sentimiento de la naturaleza y a su contemplación, a lecturas decisivas y, otra vez, a esa *voz*, misteriosa, a esa palabra que no era como las demás palabras: a la poesía. Esa palabra que llegó como una brisa misteriosa, una noche oscura, a la cima de un monte, allá en el sur profundo. Esa palabra ya fue para entonces para mí *palabra nueva*; es decir palabra de hoy pero también del ayer y del mañana: la que Antonio Machado reconoció como «palabra en el tiempo». Y además como una vía de conocimiento para ir *más allá*, para sentir y pensar en el poema de una manera más radical, y con fulgor. Así, de aquel tiempo originario nació en mí, a los 16 años, el primer poema. Hubo luego un segundo momento en el que hubo que hacer una apuesta mayor: esa palabra emotiva, diferente, tuvo que ser (y fue) algo profundamente unido a mi vida para siempre.

A. C.

[De LLAMAS EN LA MORADA]

Luz perpetua:
pon en mis labios
una brizna de Ti, una favila
que no se apague
de Tu fuego blanco.

Ven como la llama
de una vela
que, serena, avanza
desde el fondo
de la noche del ser.
Sé, al menos,
pavesa en mi ceniza.

Llega con Tu tibieza y sea go
sólo semilla
de la luz perpetua.

A Colinas